

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 12 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La raza espiritual contra el racismo materialista*, por Gabriel Alomar.—*Eldorado, enigma de la historia americana, era el Perú de los Incas*, por Manuel Domínguez.—*Una nueva obra de misericordia*.—*Enrique Díez-Canedo: Algunos versos*, por Antonio Espina.—*Dos escritores de América: Icaza-García Godoy*, por Pedro Henríquez Ureña.—*Sobre los estudios estéticos*, por Rafael Estrada.—*Partido Nacionalista de Puerto Rico*.—*Página lírica de Enrique Díez-Canedo*.—*Lázaro*, por Carmen Lira.

La raza espiritual

contra el racismo materialista

Por

GABRIEL ALOMAR

CUANDO el Gobierno del Perú tuvo conmigo la gentileza de invitarme a presenciar las fiestas del Centenario de Ayacucho, sentí acudir a mi imaginación, como el soplo de un gran viento, las ideas envueltas en la rememoración que iba a celebrarse. No me fué posible, por razones ajenas a las necesidades eventuales de mi vida, trasladarme entonces a la República hermana. Pero fuí profundamente sensible a la alta consideración recibida; no ya por tratarse de la delicadeza con que se deseaba en aquella fiesta patriótica la presencia de algunos españoles, dando al centenario de la Independencia un valor de comunidad con la metrópoli en el esfuerzo por la libertad, sino también por el recuerdo de un pequeño orgullo mío: el de haber sabido sentir como causa propia la de la independencia de todos los pueblos oprimidos, singularmente la de las antiguas colonias españolas, y de una manera directa la de Cuba, cuya emancipación hizo vibrar de ardorosa simpatía mi adolescencia, entre la amenazadora incompreensión de una multitud ignorante y cruel.

Pocos asuntos habrá tan apropiados a mi temperamento como la celebración de esas fechas históricas, cuyo recuerdo pone a prueba la índole moral de los ciudadanos. La jornada en que un pueblo alcanza su libertad (aunque esa libertad colectiva necesite luego el transcurso de muchos años para completarse con la libertad individual) será siempre para mí un recuerdo glorioso.

No fuí entonces al Perú, privándome de cumplir un vivo deseo: el de regresar a Europa pasando por Chile y atravesando los Andes para visitar la Argentina y el Uruguay. Otra vez será. Pero mi espíritu asistió a la fiesta secular con viva emoción.

Ahora bien, ¿cuál hubiera sido mi palabra, si hubiese tenido que pronunciarla en aquella ceremonia? He aquí la verdadera ocasión de expresar un sentido personal de esa tan decantada fraternidad hispanoamericana que, modestamente, creo comprender en forma muy diversa de las llamadas fiestas de la raza.

Los pueblos de América, extinguido el odio bélico de las luchas separatistas, acogen con entusiasmo fraternal a los españoles; aclaman la representación de la vieja metrópoli; aunque esa representación sea exclusivamente oficial o protocolaria; y, en fin, invitan a los españoles que les parecen significativos a presenciar la exaltación jubilosa de los libertadores, como si al chocar de las copas en el brindis familiar se fundieran en una misma gloria vencedores y vencidos, y ya no quedara, como resto de las viejas querellas, más que una memoria de la común bravura y un rescoldo del fuego extinguido, para reanimar las cenizas del nativo hogar.

No. Yo no creo que sea esa fraternidad meramente material lo que se reanuda en esos días fastos. No se trata de una fraternidad de sangre. Por mi parte, os aseguro que jamás he sentido en esa forma mi afición por América. Al contrario: la raza, como motivo de unión entre pueblos, me parece un resto atávico de barbarie, una solidaridad de lucha contra las razas ajenas; un aspecto de xeno-

fobia, análogo al que suele desvirtuar en casi todos los países el nombre mismo de patria, convirtiéndolo en pasión de mesnaderos afiliados bajo un mismo caudillaje, para fines de hostilidad; o al que desvirtúa también la idea diplomática de bandera, retornándola a su originaria derivación de «bando», grupo de luchadores que se segregan de la comunidad. Me atrevo a afirmar que la civilización consiste en la victoria progresiva de la idea de humanidad contra la de raza. La primera es integradora; la segunda, disgregadora. No hay peor separatismo que el propio concepto de raza. Y sería el más paradójico de los contrasentidos declarar extinguido el separatismo de las antiguas colonias españolas y proclamar, en cambio, una solidaridad de raza española no fundada en ninguna comunidad de fines espirituales. Las colonias españolas se separaron inspiradas por un ideal generoso: la libertad. Pues bien: sólo una comunidad en los ideales de libertad debe volver a unirlos. Así se demostraría que las colonias se separaron de la metrópoli para poder unirse a ella en «espíritu y verdad». Por encima de los vínculos de la fuerza, el odio, el odio justo y santo, las separaba. El amor, hijo de la libertad, volverá a unirlos.

* *

Suele decirse: España puede celebrar con sus hijas de América el centenario de la independencia de esas Repúblicas; porque aquellas luchas fueron, en realidad, guerras civiles, entre hermanos; el odio de los americanos no se dirigía contra España, sino contra sus Gobiernos; no era distinto del que animaba a los propios libertadores españoles que daban su sangre por la Constitución. Bolívar es una gloria española, una especie